

La pobreza de las bienaventuranzas, fuerza de la verdadera liberación del pueblo

Sexto domingo del Tiempo Ordinario
17 de febrero de 1980

Jeremías 17, 5-8
1 Corintios 15, 12.16-20
Lucas 6, 17.20-26

Queridos hermanos:

Quiero, ante todo, felicitarlos porque ustedes dan a este momento la verdadera identidad de pueblo de Dios. Me estoy refiriendo a un comentario que me hacía el domingo pasado un viejo político de Venezuela que estuvo con nosotros y venía con cierta curiosidad. Creía que nuestras misas eran, más bien, mítines políticos y que venía gente por curiosidad política. Habían desfigurado nuestra misa dominical. Pero, al mismo tiempo que político, este hombre es un gran cristiano y me dijo: “Pero me he dado cuenta de que es una verdadera asamblea cristiana porque esa gente canta, reza y, sobre todo, cuando llega el momento de la comunión, me impresionó tremendamente aquella gran procesión de gente que se acerca a la eucaristía”. Yo sentí una alegría muy intensa, porque lo que yo intento de ninguna manera es hacer política. Si por una necesidad del momento estoy iluminando la política de mi patria, es como pastor, es desde el Evangelio, es una luz que tiene la obligación de iluminar los caminos del país y aportar, como Iglesia, la contribución que

como Iglesia tiene que dar. Por eso, les agradezco que a esta reunión, pues, le demos toda la identidad de un pueblo de Dios, que, siendo pueblo de Dios, va en medio del pueblo natural, la patria, y siente la responsabilidad de meditar el Evangelio para luego ser, cada uno en su ambiente, un multiplicador de esta palabra, un iluminador de los caminos del país.

Las circunstancias son siempre bien apropiadas y qué circunstancia no lo es si el Evangelio es una encarnación de Dios en todas las circunstancias humanas. En este momento en que el país vive el temor, la confusión, la inseguridad, la incertidumbre, cuánta falta nos hace una palabra de serenidad, de alcance infinito: el Evangelio.

Y otra circunstancia se junta este domingo y es que nos encontramos ya en vísperas de la Cuaresma. Como pueblo de Dios, no podemos olvidar nuestro itinerario litúrgico. Hoy hemos llegado al sexto domingo del Tiempo Ordinario. Cuando terminó la Epifanía y todavía no ha comenzado la Cuaresma, esos domingos, que ahora son seis, se llaman Tiempo Ordinario. Ahora se interrumpe el Tiempo Ordinario, porque el próximo miércoles vamos a entrar en otro tiempo fuerte de nuestro año, que abarca la Cuaresma, la Pascua y Pentecostés. Cuando terminemos de celebrar toda esta temporada de cincuenta días, después de Pentecostés volveremos al Tiempo Ordinario con el domingo séptimo. Hoy quedamos, pues, en el sexto, esperando todo este tiempo precioso, para luego reiniciar el año ordinario, el séptimo domingo del Tiempo Ordinario. Pero ahora, mientras nos despedimos del Tiempo Ordinario y nos abocamos a la Cuaresma, creo que la circunstancia es preciosa para hacer un llamamiento, como pueblo de Dios, a que nos dispongamos a entrar con todo el corazón a este gran retiro espiritual de carácter universal, que se llama la Cuaresma.

El próximo miércoles, Miércoles de Ceniza, tendremos la inauguración de la Cuaresma. Aquí, precisamente, primero Dios, a las 7:00 de la noche, el próximo miércoles, inauguraremos la Cuaresma. Los que puedan asistir les invito para que, con esa ceremonia tan impresionante de la ceniza, que marca nuestra mortalidad, pero al mismo tiempo nuestra supernaturalidad, nos demos en serio a la reflexión. Y no hay tiempo más precioso, creo yo, para ayudar a la patria que la Cuaresma, vivida como una gran campaña de oración y de penitencia. No somos políti-

cos para confiar en las fuerzas meramente humanas. Somos, ante todo, cristianos y sabemos que, “si el Señor no construye nuestra civilización, en vano trabajan todos los que la construyen”. Y por eso, sabemos que nuestra fuerza viene de la oración y de nuestra conversión hacia Dios.

Sal 127, 1

Vivamos, pues, este tiempo que nos va a capacitar en esta larga peregrinación, que emprendemos el miércoles, hacia la Pascua y hacia Pentecostés, las dos grandes metas de la Cuaresma. El hombre no se mortifica por una enfermiza pasión de sufrir. Dios no nos ha hecho para el sufrimiento. Si hay ayunos, si hay penitencias, si hay oración, es porque tenemos una meta muy positiva, que el hombre la alcanza con su vencimiento: la Pascua, o sea, la resurrección; para que no solo celebremos a un Cristo que resucita distinto de nosotros, sino que durante la Cuaresma nos hemos capacitado para resucitar con él a una vida nueva, a ser esos hombres nuevos que, precisamente, hoy necesita el país. No gritemos solo cambios de estructuras, porque de nada sirven las estructuras nuevas cuando no hay hombres nuevos que manejen y vivan esas estructuras que urgen en el país.

M 1, 3

Luego, Pentecostés, la venida del Espíritu Santo. Capacitémonos para que nuestros corazones sean como vasos limpios, disponibles, para que venga el espíritu de Dios, con toda su fuerza de santidad, a transformar la faz de la tierra. Esto es lo que hace falta en nuestra patria: mucho espíritu de Dios, mucho sentido de resurrección, mucha renovación de vida.

La Cuaresma, pues, nos invita a mirar hacia adentro y renovarnos. Y por eso, creo que las lecturas de hoy son, precisamente, un llamamiento a esta renovación interior. Son precioso prólogo de Cuaresma las lecturas de hoy, porque yo creo que en el documento de Puebla está una constatación que nos llena de esperanza, si de veras la sabemos comprender: “Palpable es en América Latina la pobreza como sello que marca a las inmensas mayorías, las cuales, al mismo tiempo, están abiertas no solo a las bienaventuranzas y a la predilección del Padre, sino a la posibilidad de ser los verdaderos protagonistas de su propio desarrollo”. Los pobres son un signo en América Latina. Las mayorías de nuestros países son pobres y, por eso, están capacitadas para recibir estos dones de Dios y, llenos de Dios, ser capaces de transformar sus propias sociedades. Me gusta que, junto con los pobres, Puebla dice que este signo es también de

P 1129

los jóvenes. Queridos jóvenes, ustedes son, como los pobres en América Latina, los signos de la presencia de Dios.

P 1132

“Los pobres y los jóvenes constituyen la riqueza y la esperanza de la Iglesia en América Latina; y su evangelización es, por tanto, prioritaria”. Es decir, que nuestra Iglesia siente un cariño especial, una responsabilidad especial por la mayoría pobre y por los jóvenes. Jóvenes y pobres van a reconstruir nuestra patria, confiemos de verdad que así ha de ser si nos disponemos como pueblo pobre y como pueblo joven, que lo es en su inmensa mayoría, a que la resurrección del Señor encuentre en esos dos grandes signos de El Salvador, pobres y jóvenes, los elementos capaces de reconstruir. No desesperemos, porque si esta es la esperanza de América Latina, en El Salvador hay mucha esperanza porque hay muchos pobres y muchos jóvenes*.

M 14. 4

Por eso, voy a titular mi homilía de hoy con un texto que lo voy a sacar, también, de los documentos de Medellín, cuando habla de la pobreza; dice que la pobreza es una denuncia, un espíritu y un compromiso. Y como título general voy a decir el tema de la homilía: *La pobreza de las bienaventuranzas, fuerza de la verdadera liberación del pueblo**. Los tres puntos indicados son esos que marca Medellín. Son fuerza de liberación, primero, porque la pobreza es una denuncia divina; segundo, porque la pobreza es un espíritu; y tercero, porque la pobreza es un compromiso. Y tendremos hoy, si Dios quiere, una idea clara de lo que tanto repetimos: que la Iglesia ha asumido una opción preferencial por los pobres* y que solo puede ser verdadera Iglesia, la Iglesia que se convierte y se compromete con el pueblo sufrido y pobre*.

La pobreza es un denuncia divina

M 14, 4 (a)

En primer lugar, dice Medellín, —y lo voy a robustecer este pensamiento con los textos litúrgicos de hoy—, cómo es que la pobreza es una denuncia; palabras de Medellín: “La pobreza como carencia de los bienes de este mundo es, en cuanto tal, un mal [carecer de los bienes del mundo es un mal]. Los profetas la denuncian como contraria a la voluntad del Señor y las más de las veces como fruto de la injusticia y del pecado de los hombres”*.

¿Qué otra cosa hace Jesús en el Evangelio de las bienaventuranzas? ¡Qué encantador resulta estar reflexionando con

aquel Jesús que “baja”!, dice el Evangelio. En sus expresiones, los Evangelios tienen profundos modos de ver a Jesús. Mirémoslo bajando de la montaña, bajando de las alturas a confundirse en la llanura con el común de los hombres. Bajando, se puso a dirigirles la palabra, y es así como se inicia el Evangelio: “Dichosos los pobres, porque vuestro es el reino de Dios”. Lc 6, 17

Y en contraposición a estas cuatro bienaventuranzas, denuncia por qué hay pobres, por qué hay gente que tiene hambre, por qué hay gente que sufre. Esos que son bienaventurados porque sufren, porque lloran, porque tienen hambre, ¿por qué existen? Es tremendo el Evangelio de hoy cuando señala las causas de esas carencias: “¡Ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros los que estáis saciados, porque tendréis hambre! ¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y lloraréis!”. Resuena en la voz de Cristo el acento de todos los profetas del Viejo Testamento. Qué tremendos son los profetas cuando denuncian a “los que juntan casa a casa y los que juntan terrenos y terrenos se hacen dueños de todo el país”*. Lc 6, 20b

La existencia, pues, de la pobreza como carencia de lo necesario es una denuncia. Hermanos, quienes dicen que el obispo, la Iglesia, los sacerdotes hemos causado el malestar en el país, quieren echar polvo sobre la realidad*. Los que han hecho el gran mal son los que han hecho posible tan horrorosa injusticia social en que vive nuestro pueblo*. Los pobres han marcado, por eso, el verdadero caminar de la Iglesia. Una Iglesia que no se une a los pobres para denunciar, desde los pobres, las injusticias que con ellos se cometen no es verdadera Iglesia de Jesucristo*.

Quiero aprovechar esta oportunidad para contarles que este fue, precisamente, el tema de mi discurso en la Universidad de Lovaina, cuando se me señaló como tema lo que es un tema general de todo este año en conferencias de aquella célebre universidad: política y fe. Yo escogí, para matizar ese concepto, “la dimensión política de la fe desde los pobres”. Y traté de decir cómo, para nosotros, en El Salvador, la clave para comprender la fe cristiana son los pobres. Dije allí: “Nuestro mundo salvadoreño no es una abstracción, no es un caso más de lo que se entiende por ‘mundo’ en países desarrollados, como el de ustedes. Es un mundo que es su inmensa mayoría está formado por hombres y mujeres pobres y oprimidos. Y de ese mundo de los pobres, decimos que es la clave para comprender la fe cristiana,

la actuación de la Iglesia y la dimensión política de esa fe y de esa actuación eclesial. Los pobres son los que nos dicen qué es el mundo y cuál es el servicio que la Iglesia debe prestar al mundo*. Los pobres son los que nos dicen qué es la política —en su origen política es la ‘polis’, que quiere decir ‘ciudad’—. Los pobres nos dicen qué es la ‘polis’, qué es la ciudad y qué significa para la Iglesia vivir realmente en el mundo, en la ‘polis’, en la ciudad. Permítanme —les dije— que desde los pobres de mi pueblo, a quienes quiero representar, explique brevemente la situación y actuación de nuestra Iglesia en el mundo en que vivimos”¹. Y comencé a contarles la aventura de nuestra Iglesia, aquí en El Salvador, qué es lo que hacemos.

En primer lugar, *nos encarnamos en los pobres*. Queremos una Iglesia que de veras está codo a codo con el pobre pueblo de El Salvador y así notamos que cada vez, en este acercarse al pobre, descubrimos el verdadero rostro del Siervo sufriente de Yahvé. Es allí donde nosotros conocemos más cerca el misterio del Cristo que se hace hombre y se hace pobre por nosotros.

¿Qué otra cosa hace aquí la Iglesia? Les dije: *anunciar la Buena Nueva a los pobres*; pero no con un sentido demagógico, como excluyendo a los demás, sino al contrario. “Aquellos que secularmente han escuchado malas noticias y han vivido peores realidades están escuchando, a través de la Iglesia, la palabra de Jesús: ‘El reino de Dios se acerca’, es vuestro. ‘Dichosos ustedes los pobres porque de ustedes es el reino de Dios’. Y desde allí tiene también una Buena Nueva que anunciar a los ricos: que se conviertan al pobre para compartir con él los bienes del reino de Dios”², que son de los pobres*.

Otra cosa hace la Iglesia en El Salvador, les dije: es *el compromiso de defender a los pobres*. Las mayorías pobres de nuestro país encuentran en la Iglesia la voz de los profetas de Israel. Existen entre nosotros los que ‘venden al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias’ —como decían los profetas—*; ‘los que amontonan violencia y despojo en sus palacios’; ‘los que

Mc 1, 15
Lc 6, 20b

Am 8, 6
Am 3, 10

¹ *La dimensión política de la fe desde la opción por los pobres*. Discurso de monseñor Óscar Arnulfo Romero con motivo del Doctorado *honoris causa* conferido por la Universidad de Lovaina (2 de febrero de 1980), *Orientación*, 17 y 24 de febrero de 1980.

² *Ibid.*

aplastan a los pobres'; 'los que hacen que se acerque un reino de violencia, acostados en camas de marfil'; 'los que juntan casa con casa y anexionan campo a campo para ocupar todo el sitio y quedarse solos en el país'. Estos textos de los profetas no son lejanas voces que leemos reverentes en nuestra liturgia. Son realidades cotidianas cuya crueldad e intensidad vivimos a diario"³.

Am 8, 4
Am 6, 3b-4
Is 5, 8

Y por eso —les dije—, *la Iglesia sufre el destino de los pobres: la persecución*. Se gloria nuestra Iglesia de haber mezclado su sangre de sacerdotes, de catequistas y de comunidades con las masacres del pueblo, y haber llevado siempre la marca de la persecución. Precisamente, porque estorba, se la calumnia y no se quisiera escuchar, en ella, la voz que reclama contra la injusticia. Esta es la dimensión política de la fe.

Pero, por eso, la segunda parte de mi discurso era lo que la Iglesia se enriquece en esta dimensión política hacia el pueblo, hacia el pobre. De allí recobra la Iglesia un sentido más claro de lo que es el pecado, y lo que estamos diciendo hoy, precisamente, la pobreza denuncia el pecado. En su acercamiento a los pobres, la Iglesia comprende que el pecado es cosa grave. "Pecado es aquello que dió muerte al hijo de Dios y pecado sigue siendo aquello que da muerte a los hijos de Dios. Esa verdad fundamental de la fe, la vemos a diario en situaciones de nuestro país. No se puede ofender a Dios sin ofender al hermano [...]. No es, por ello, pura rutina que repitamos una vez más la existencia de estructuras de pecado en nuestro país. Son pecado porque producen los frutos del pecado: la muerte de los salvadoreños, la muerte rápida de la represión o la muerte lenta de la opresión estructural. Por ello, hemos denunciado el pecado de la injusticia"⁴.

También este misterio de la pobreza nos hace comprender mejor la redención de Jesucristo, que se asemejó en todo a nosotros para redimirnos de nuestros pecados y nos hace comprender mejor el sentido de Dios. Dios quiere darnos la vida, y todo hombre que quita la vida o estropea la vida, mutilando, torturando, reprimiendo, está descubriéndonos también, por contraste, la imagen divina del Dios de la vida, del Dios que respeta la libertad de los hombres.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

Este es mi primer pensamiento en la homilía de hoy y me alegra de haberlo hecho con estas consideraciones que en⁵ un país muy organizado, como es Bélgica, quiso comprender un poco lo que es difícil comprender en aquellos ambientes: una Iglesia que no se mete en política, sino que, desde la palabra de Dios profética, está denunciando en una realidad que habla por sí, en los pobres, la denuncia de la injusticia del pueblo*.

P 1147

También, es santa la pobreza porque ella también reclama y denuncia a nuestra misma Iglesia. Este pensamiento es también de Puebla; cuando nos dice: “El compromiso con los pobres y los oprimidos y el surgimiento de las comunidades de base han ayudado a la Iglesia a descubrir el potencial evangelizador de los pobres, en cuanto la interpelan constantemente, llamándola a conversión y por cuanto muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios”*. Porque todo el que denuncia debe estar dispuesto a ser denunciado y, si la Iglesia denuncia las injusticias, está dispuesta también a escuchar que se la denuncie y está obligada a convertirse. Y los pobres son el grito constante que denuncia no solo la injusticia social, sino también la poca generosidad de nuestra propia Iglesia*.

La pobreza es un espíritu

M 14, 4 (b)

De modo que, primero, la pobreza es una denuncia; pero lo segundo que quiero decir hoy es: la pobreza es un espíritu. Y esto me interesa más cuando Medellín dice: “La pobreza espiritual es el tema de los pobres de Yahvé. La pobreza espiritual es la actitud de apertura a Dios, la disponibilidad de quien todo lo espera del Señor. Aunque valoriza los bienes de este mundo, no se apega a ellos y reconoce el valor superior de los bienes del Reino”.

Lc 6, 20b

La pobreza es, pues, una espiritualidad, es una actitud del cristiano, es una disponibilidad de alma abierta a Dios. Por eso, decía Puebla que los pobres son una esperanza en América Latina, porque son los más disponibles para recibir los dones de Dios. Por eso, Cristo dice con tanta emoción: “¡Dichosos ustedes los pobres porque de ustedes es el reino de Dios!”. Ustedes

⁵ Así se escucha claramente en la reproducción magnetofónica de la homilía; pero la frase tiene más sentido si quitamos la preposición “en”.

son los más capacitados para comprender lo que no comprenden quienes están de rodillas ante los falsos ídolos y confían en ellos. Ustedes que no tienen esos ídolos, ustedes que no confían porque no tienen el dinero o el poder, ustedes desvalidos de todo, cuanto más pobres, más dueños del reino de Dios, con tal que vivan de verdad esta espiritualidad. Porque la pobreza que aquí santifica Jesucristo no es una pobreza simplemente material, no tener nada, eso es malo. Es una pobreza que toma conciencia, es una pobreza que acepta la cruz y el sacrificio no con conformismo porque sabe que no es eso voluntad de Dios; pero sabe también que, en la medida en que hace de su pobreza una conciencia, una espiritualidad, una entrega, una disponibilidad al Señor, se está haciendo santo y, desde una santidad, sabrá ser el mejor liberador de su propio pueblo. La Iglesia está forjando estos liberadores del pueblo. Ustedes, cristianos, en la medida en que su pobreza se convierte en espiritualidad, en esa medida también ustedes son liberadores de nuestro pueblo.

Fíjense en qué momento Cristo dice esa bienaventuranza para que veamos el alcance. No la arranquemos del contexto de toda la historia de Israel. ¿Cómo nació Israel? De una promesa de Dios a un anciano que se llamaba Abraham, estéril para colmo, con su mujer también estéril, sin tener hijos; le dice: “De tu descendencia voy a hacer un gran pueblo”. Comienza por un signo de pobreza, una limitación absoluta casi: no pueden tener hijos y Dios les dice que les va a dar una descendencia como un pueblo. Acepta, por la fe, Abraham y aquel pueblo de veras que se hace realidad. Y aquel pueblo encuentra en Dios una promesa: “Te voy a dar una tierra”. Y por medio de un conductor, Moisés, lo lleva a esa tierra prometida. En esa tierra prometida, Dios le ofrece su ley, su alianza. Pero aquel pueblo no es fiel; entonces, por su infidelidad, va al destierro y, en el destierro, llora las añoranzas del pueblo que Dios le había dado y que se lo ha quitado por el pecado. Signo de pobreza también. “Ahora, le dice, se arrepiente”. Los profetas llaman al arrepentimiento y alcanza el perdón de Dios; y retorna de Babilonia el pueblo y se alegra de estar otra vez en el país. Y en ese país, suceden tantas vicisitudes políticas. La que ahora nos interesa es que un día el imperio romano tomó posesión de esa tierra y la domina bajo su administración, bajo su ejército. ¡Un pueblo dominado! En ese pueblo dominado por Roma, llega Cristo y, a ese pueblo so-

Gn 12, 2

Gn 12, 7

Lc 6, 20b metido políticamente a un poder extranjero, a un imperialismo, Cristo le predica hoy esta bienaventuranza: “¡Dichosos los pobres, porque de ustedes es el reino de Dios!”*.

Mt 5, 3 He recordado este contexto para que no mistifiquemos las bienaventuranzas del Evangelio; porque San Mateo, en una reflexión más difícil de entender, nos dice: “Bienaventurados los pobres de espíritu”. Y muchos han tergiversado esa frase hasta el modo de querer decir que todos son pobres, hasta el que está oprimiendo a los demás. No es cierto. En el contexto del Evangelio, “pobre de espíritu”, y como Lucas dice, simplemente “pobres”, es el que carece, el que está sufriendo una opresión, es el que necesita de Dios para salir de esta situación.

Pero Jesucristo no se presenta con armas ni con movimientos revolucionarios políticos, aunque da una doctrina para que todas las revoluciones de la tierra se encajen en la gran liberación del pecado y de la vida eterna. Él da horizontes a los que luchan por las liberaciones del pueblo. Cuando Cristo dice “los pobres de espíritu”, se está refiriendo a los israelitas, sin quitarles su patria; es también decirles: “Ustedes tienen que ser libres también, ustedes tienen que sacudir un día el yugo de los que han invadido esta tierra, pero tienen que hacerlo desde esta espiritualidad de los pobres”.

Lc 1, 53 María, la Virgen, la más espiritual de Yahvé, comprende así cuando canta, en su Magnificat, que Dios libera a los humildes, a los pobres. También resuena esta dimensión política cuando dice Lc 1, 52 María, textualmente, que “Dios despacha vacíos a los ricos y colma de bienes a los pobres”*.

Lc 1, 52 Y María también llega a decir una palabra que diríamos hoy “insurreccional”: “Y derriba del trono a los poderosos cuando estos ya son un estorbo para la tranquilidad del pueblo”*.

Mc 12, 17 Esta es la dimensión política de nuestra fe; la vivió María, la vivió Jesús, que era auténticamente un patriota de un pueblo que estaba bajo una dominación extranjera y que él, sin duda, lo soñaba libre; pero, mientras tanto, tuvo que pagar el tributo al César: “Dad al César lo que es del César, pero no deis al César lo que es de Dios; a Dios lo que es de Dios”*.

Esta es la espiritualidad que de una manera más explícita nos ha dicho, en este domingo, la primera lectura. Sin duda que Cristo, cuando hablaba, recordaba el eco de los viejos profetas, así como hoy la Iglesia, al traer un texto del Evangelio de Cristo, cita una palabra del Viejo Testamento. Hoy, junto a las bienaventuranzas de los pobres, de los que tienen hambre, de los que

padecen, de los que lloran, se escucha también el eco de Jeremías: “Maldito quien confía en el hombre y, en la carne, busca su fuerza apartando su corazón del Señor. Será como un cardo en la estepa, no verá llegar el bien; habitará la aridez del desierto, tierra salobre e inhóspita”. La visión de la aridez para el hombre que ha puesto su confianza en las cosas de la tierra. Por eso, ¡ay de vosotros los ricos!, porque si ahora parecéis árboles frondosos, mañana seréis árboles secos, como la estepa y la aridez, por vuestro propio egoísmo*. Y el contraste de los profetas: “Bendito quien confía en el Señor [¿No les parece escuchar aquí el eco de Cristo? ¡Dichosos los pobres, los que confían en el Señor!] y pone en el Señor su confianza: será un árbol plantado junto al agua, que junto a las corrientes echa raíces; cuando llegue el estío no lo sentirá, su hoja estará verde; en año de sequía no se inquieta, no deja de dar fruto”.

Jr 17, 5-6

Jr 17, 7-8

Estos son los verdaderos pobres. La espiritualidad de los pobres substancialmente es una gran confianza en el Señor; y la maldición de los ricos es cuando se apartan del Señor y ponen toda su confianza en la carne, es decir, en los valores terrenales. Por eso, hermanos, no es un prestigio para la Iglesia estar bien con los poderosos. Este es el prestigio de la Iglesia: sentir que los pobres la sienten como suya, sentir que la Iglesia vive una dimensión en la tierra llamando a todos, también a los ricos, a convertirse y salvarse desde el mundo de los pobres, porque ellos son únicamente los bienaventurados*.

Y en este punto del espíritu, la pobreza como espíritu, quiero situar también la segunda lectura de hoy, porque ella nos da la base de nuestra esperanza. San Pablo escribe a los cristianos de Corinto, donde corrían las ideas erróneas contra la resurrección: “No existe resurrección!”; y se reían de Pablo cuando hablaba de la resurrección. Y Pablo afianza su fe; ya desde el domingo pasado nos viene hablando “que hay testigos de que Cristo resucitó: quinientos discípulos y, por último, se me apareció a mí, que lo estoy diciendo; yo, que perseguía a la Iglesia y no estaba dispuesto a creer en patrañas de la Iglesia, lo he visto y me he convertido y lo voy predicando”.

1 Cor 15, 6-9

San Pablo es un testigo maravilloso de la resurrección porque si había un hombre que no hubiera querido creer en Jesús ni en la resurrección, era el perseguidor Saulo. Creía que los cristianos estaban engañando a sus compañeros judíos y, por eso, los perse-

1 Cor 15, 20

guía. Y a este Pablo, convencido de que Cristo no vive, se le aparece Cristo viviente; y ya es capaz de dar su vida por esa gran verdad: “¡No —les dice a los corintios en sus errores— Cristo ha resucitado!*; y si ustedes dicen que los muertos no resucitan, ¿por qué yo he visto a Cristo resucitado?, ¿por qué existe Cristo resucitado? Y si Cristo ha resucitado, pues, existe la resurrección de los hombres; y si existe esa resurrección, allí se afianza nuestra fe y nuestra esperanza; porque si Cristo no hubiera resucitado, seríamos los más miserables de los hombres creyendo en una mentira”. Pero Cristo ha resucitado, Cristo vive y esta es la gran fe y confianza, la gran espiritualidad de los pobres; este es nuestro Dios, el Dios de los pobres, como le canta nuestra canción popular^{6*}.

La pobreza es un compromiso

Por último, en mi pensamiento de hoy, quiero dejar esta idea: que la pobreza es una fuerza de liberación porque, además de ser una denuncia contra el pecado y además de ser una fuerza de espiritualidad cristiana, es, en tercer lugar, un compromiso.

M 14, 4 (c)

Cristianos, esta palabra es para mí, en primer lugar, que debo dar ejemplo de ser cristiano, y para todos ustedes, queridos hermanos sacerdotes, religiosas, y todos ustedes bautizados, que se llaman cristianos, oigan cómo dice Medellín: “La pobreza como compromiso que asume, voluntariamente y por amor, la condición de los necesitados de este mundo, para testimoniar el mal que ella representa y la libertad espiritual frente a los bienes, sigue en esto el ejemplo de Cristo, que hizo suyas todas las consecuencias de la condición pecadora de los hombres y que, ‘siendo rico, se hizo pobre’ para salvarnos”. Este es el compromiso de ser cristiano: seguir a Cristo en su encarnación. Y si Cristo es Dios majestuoso que se hace hombre humilde hasta la muerte de los esclavos en una cruz y vive con los pobres, así debe ser nuestra fe cristiana. El cristiano que no quiera vivir este compromiso de solidaridad con el pobre no es digno de llamarse cristiano*.

2 Cor 8, 9

En el Evangelio de hoy, se confirma esta tremenda doctrina cuando Cristo nos invita a no tenerle miedo a la persecución; porque, créanlo, hermanos, el que se compromete con los pobres

⁶ “Vos sos el Dios de los pobres”. Canto de entrada de la *Misa campesina nicaragüense*, de Carlos Mejía Godoy, 1975.

tiene que correr el mismo destino de los pobres; y en El Salvador, ya sabemos lo que significa el destino de los pobres: ser desaparecido, ser torturado, ser capturado, aparecer cadáver*.

Y aquel que quiere los privilegios de este mundo, y no las persecuciones de este compromiso, oiga la antítesis tremenda del Evangelio de hoy: “Dichosos vosotros cuando os odien los hombres y os excluyan y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo porque vuestra recompensa será grande en el cielo”*. Yo quiero felicitar con inmensa alegría y gratitud a los sacerdotes, precisamente, cuanto más comprometidos con los pobres, más difamados; precisamente, cuanto más comprometidos con la miseria de nuestro pueblo, más calumniados. Quiero alegrarme con los religiosos y las religiosas comprometidas con este pueblo hasta el heroísmo de sufrir con él, con las comunidades cristianas, con los catequistas que, mientras huyen los cobardes, se quedan en el puesto*.

Lc 6, 22-23

Y a los que quieren huir de las consecuencias de la persecución, de la calumnia, de la humillación, oigan lo que Cristo ha dicho este domingo: “¡Ay de vosotros cuando todo el mundo hable bien de vosotros, eso es lo que hacían vuestros padres con los falsos profetas!”. ¡Qué triste es la adulación del mundo! Si los cristianos que sufren la calumnia y la persecución quisieran estar bien, les será muy fácil traicionar su cristianismo y vivir de rodillas ante el dinero, como viven los que viven bien en este mundo; pero, “¡ay de vosotros!”*.

Lc 6, 26

En la segunda lectura de hoy, también se confirma esta verdad de la pobreza como compromiso. Las manifestaciones extremas de la pobreza son el pecado y la muerte. No hay gente más miserable que el que está en pecado y no hay ser más pobre que un cadáver. A esto se comprometió Cristo: a los pecadores y a los muertos. Y por eso la redención de Cristo señala a todas las liberaciones de la tierra que están mancas, que no están completas mientras no logren liberar también del pecado a los pecadores y de la muerte a los muertos; y esto ofrece el gran liberador, y dichosos los que trabajan las liberaciones políticas de la tierra teniendo en cuenta la redención de aquel que salva del pecado y salva de la muerte.

Por eso, la segunda lectura de hoy afianza en el corazón de un pueblo que lucha por su resurrección: crean en la resurrección, no

duden de que Cristo ha resucitado y que ha salvado desde su cruz y de su gloria, el pecado de los hombres y la muerte de los hombres. Todos moriremos, pero el que cree en Cristo no morirá para siempre y allá en el cielo cantaremos la victoria de la inmortalidad, ante la cual son pequeñas escaramuzas todas las luchas de las liberaciones de la tierra. La gran liberación es la de Cristo; y aquel que incorpore la lucha libertaria de su pueblo a la fe en Cristo, ese lleva la garantía de una liberación integral, completa, inmortal. El que quiera apartarse de esta liberación cristiana y solamente haga consistir su lucha en cosas temporales, en mejores sueldos, en insumos más baratos, en cambiar hombres en la política, en cambiar estructuras que mañana ya serán viejas, todo eso es temporal, transitorio; lo que queda en el alma de todo eso es haber trabajado así, pero con alma de cristiano.

Por eso, los que viven en los grupos organizados o partidos políticos no olviden: si son cristianos, vivan profundamente esta intensidad de la espiritualidad de la pobreza, vivan intensamente este compromiso cristiano con los pobres. Los hay muchos, gracias a Dios, porque muchos surgieron de nuestras comunidades eclesiales; la lástima es que muchos perdieron su fe y ya se mutilaron de lo principal. Pero quienes siguen luchando en las organizaciones políticas populares y no traicionan su fe, sino que acuden a sus comunidades cristianas a alimentar de fe su lucha y a confrontar con su fe sus criterios políticos, estos van muy bien.

Y esto es lo que yo he querido decir en mi cuarta carta pastoral cuando hablo que hoy una de las necesidades más urgentes de la pastoral de la arquidiócesis es la pastoral de acompañamiento⁷; es decir, seguir, pero para madurar en la fe, a estos jóvenes, a estos hombres, a estas mujeres que pertenecen a grupos políticos, para que vivan ese compromiso desde la fe, sin traicionar la fe, sabiendo que la fe tiene una dimensión política, pero que es siempre la fe en la eterna resurrección del Señor y en el arrancar al hombre del pecado. Ojalá no se desprecie a la Iglesia cuando reclama, desde esta perspectiva, contra las imperfecciones o contra los abusos, contra las estrategias, contra las limitaciones de los grupos políticos. No la tomen a mal, escúchenla como madre, escúchenla como maestra de la fe si de verdad quieren hacer honor a su título cristiano. Víanlo de

⁷ *Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país* (6 de agosto de 1979), 92-94.

verdad, porque de nada sirve llamarse cristiano solo por título si de verdad no se es cristiano*.

Vida de la Iglesia

En el afán de hacer una Iglesia así, como la que nos ha presentado Cristo hoy, una Iglesia de los pobres, pero no por clase social, sino porque salva desde los pobres a todo el que quiera salvarse, tratemos de hacerla, hermanos, así, nuestra arquidiócesis. Los datos que ahora les doy sirvan, precisamente, para eso.

El anuncio, ante todo, de la Cuaresma, que ya lo hice al principio, pero que hoy lo repito como una invitación para que el próximo miércoles, aquí, a las 7:00 de la noche, nos reunamos a inaugurar nuestra Cuaresma solemnemente. Como van a escuchar por radio este aviso muchas personas de los cantones, quiero decirles lo que ya anunciaba el viernes el padre Fabián Amaya, que se autoriza, aun a las comunidades donde no hay sacerdote, para que vayan a recibir la ceniza en la misa de la parroquia y luego lleven la ceniza bendita a las comunidades; y allí, el encargado de la comunidad, un seglar, una religiosa, una mujer, celebre la ceniza, que consiste principalmente, pues, en una invitación a la conversión. Allá, en el arzobispado, vamos a tener mimeografiados los esquemas, y todos los que quieran pueden ir a recibir allá gratuitamente un esquema, una hojita donde está escrito lo que se puede hacer.

Si no pueden conseguir esa hojita, lean algún pasaje de la Biblia, expliquen lo que significa la imposición de ceniza, el sentido de Cuaresma; y acérquense con humildad a recibir esa Cuaresma bajo la palabra de Cristo que nos dice que “el reino de Dios se acerca y que nos convirtamos al Evangelio”. Pero que no se quede nadie. Si no pueden asistir ni siquiera a la comunidad del cantón, háganlo en su casa. El padre de familia puede llevar un poquito de ceniza y celebrar con su familia la inauguración de la Cuaresma e imponer allí, como un verdadero sacerdote de la familia, la ceniza santa; que no es ningún sacramento, sino simplemente un rito para recordar que “eres polvo y que en polvo te has de convertir” y que lo que interesa es convertirse al Señor. Queremos que este rito tan hermoso llegue a todos los hogares y de veras suplicamos a todos a que colaboren a que la Cuaresma se inaugure lo más ampliamente posible y que entremos todos, de verdad, en una temporada de conversión, de oración, de ayuno, de penitencia.

Mc 1, 15

Los ayunos, oficialmente, consisten en comer una sola comida principal. Quien acostumbra comer principalmente en el almuerzo, pues tome poco en el desayuno y poco en la cena, que sufra un poco el estómago. Quienes acostumbren hacer fuerte la cena, pues tomen poco en el desayuno y en el almuerzo, y aliméntense en la cena. Pero ayunos oficiales solo son dos: el Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo. Durante la Cuaresma, lo que sí obliga es, a los que ya han cumplido catorce años y a los que no han pasado los sesenta, la abstinencia, que consiste en no comer carne. “¿Qué más da —puede preguntar uno— comer o no comer carne?”. Pues no da nada, lo que significa es un dominio de la voluntad, una significación a Dios de que te privas de algo por tus excesos, por tus abusos de tu libertad. Este es el sentido de la penitencia. Pero más que estas cosas oficiales, legales, yo les invito a que vivamos una Cuaresma en que no hagamos consistir en comer tanto carne u otra cosa, sino en mortificarnos y en compartir, con los que tienen menos, lo poco que nosotros tenemos; vivir ese sentimiento de participación, de amor, de caridad; hacer, sobre todo en nuestra Cuaresma, un gran ejercicio de reconciliación con los enemigos; saber perdonar, saber prepararnos para resucitar, en el amor, con Cristo en la Pascua próxima.

Va a salir en *Orientación*, esta semana que viene, el documento en que yo hago un llamamiento para la Cuaresma. Desde ahora les anuncio que las metas de la Cuaresma son: la Pascua, que va a ser el Sábado Santo, el 5 de abril y el domingo, el 6; esa vigilia, esa noche, sea la más solemne de todo nuestro año litúrgico. Prepárense, sobre todo los jóvenes, a celebrar una Pascua en que de veras se exprese el Cristo que vive y, sobre todo, aumenta la esperanza en el mundo a través de la juventud. Y, también, la otra meta: cincuenta días después de la Resurrección, Pentecostés, la venida del Espíritu Santo, que lo queremos celebrar con una solemne confirmación de toda la diócesis. Ya sé que hay varias parroquias preparándose con grupos de jóvenes. Jóvenes, sobre todo prepárense bien para que el día de Pentecostés sean ustedes los apóstoles que van a recibir esa infusión del Espíritu que Cristo nos consiguió con su muerte para reverdecer de santidad, de esperanza a este mundo. La confirmación es un sacramento tan rico y sobre todo en Pentecostés, que yo espero que de verdad podemos hacer de nuestra fiesta de Pentecostés, este año, una verdadera renovación de la faz de nuestra

diócesis. Suplico a los queridos párrocos, a las religiosas y catequistas, que nos ayuden a preparar la juventud, a aquellos que no se han confirmado, para que den un signo de la presencia del espíritu de Dios en Pentecostés, que va a ser el 25 de mayo.

Se celebra, entre las hermanas de la Caridad, la aparición de la Virgen a Santa Catalina Labouré, ciento cincuenta años. De manera especial invitan las hermanas de la Casa San Vicente, de Santa Tecla, donde se está desarrollando un programa muy bonito para esta conmemoración.

Celebré la fiesta de la Virgen de Lourdes en la parroquia de Colón, que tiene un cantón bajo este nombre dulcísimo de Lourdes. Muy típico en aquella reunión, la paz de los niños. Es un llover niños al altar para saludar al sacerdote y darle la paz, y sentí que de verdad los niños son los angelitos de la tierra que traen la paz que tanto necesita nuestra patria. Otra cosa muy típica, que yo quiero felicitar a Lourdes, es don Hilario —se me olvida el apellido—, invitando desde su silla de ruedas, donde hoy está impedido, un hombre que ha sido tan activo, invitando a que recen siempre el rosario, y los llama a su casa para rezar el rosario.

En el cantón San Rafael, de Candelaria, Cuscatlán, se entronizó la imagen patronal del arcángel San Rafael, ayer por tarde.

En Guazapa, se inauguró una nueva comunidad de Carmelitas Hijas de la Iglesia. Se trata de mujeres que compartirán la vida con el pueblo y que, en esta encarnación en el pueblo, sin pertenecer a una congregación religiosa, ellas van a despertar muchas vocaciones, como ya están surgiendo entre las jóvenes que de veras quieren consagrarse a Dios, pero que no encuentran un cauce como el que el Espíritu Santo nos puede ir iluminando y que encontrarán muchas jóvenes que de verdad quieran vivir la santidad de estos consejos evangélicos que hemos vivido hoy.

Se está ampliando el templo y me encargaron hacer un llamamiento, que con gusto lo hago, para que, en Guazapa y en los diversos cantones, colaboren al esfuerzo de aquel comité que está queriendo dar este signo al pueblo, de un templo donde la comunidad puede reunirse.

Hoy por la noche daremos posesión al nuevo párroco de la colonia Santa Lucía, en Ilopango, que es el padre Luis Recinos, un joven sacerdote que de Nicaragua ha venido a proseguir sus estudios y nos prestará este servicio pastoral que mucho le agradecemos.

Se ha creado un Comité de Emergencia del Arzobispado de San Salvador que unido al Comité Ecuménico de Ayuda Humanitaria y Cáritas quieren ser una ayuda a tantas necesidades en la diócesis. Cuando entraba a esta misa, recibí una carta en que se me pregunta si esto significa una emergencia ante una posible guerra civil. Y les digo que no tratamos de alarmar a nadie. Más que una guerra civil es un temblor que se nos viene inesperadamente; y qué más guerra civil que la que estamos viviendo y que se matan de uno y otro lado³. De modo que no teman que esto signifique una alarma, puede suceder; pero no es por eso que hemos organizado nuestro comité, sino que surgió, precisamente, porque, después de la masacre del 22 de enero, tuvimos apuros para alojar gente en los lugares de Iglesia y la Iglesia tiene que ser siempre muy hospitalaria para acudir a las necesidades³.

Allá en catedral, da lástima, algunos solo juzgan por fuera una ocupación del templo, que, ciertamente, molesta; pero cuando uno mira, por dentro, una cantidad de gente pobre que viene huyendo de aquellos cantones, donde no pueden regresar porque los persiguen, y quienes no pueden refugiarse en un templo tienen que andar huyendo por los montes, pues comprendemos que la Iglesia, de veras, necesita vivir siempre en emergencia.

Quiero agradecer —dispensen que no lo había hecho— las muchas felicitaciones que me llegaron con motivo del honor que se hizo a la diócesis en la Universidad de Lovaina. De manera muy honrosa para mí, he recibido un telegrama de un miembro de la Junta de Gobierno, el doctor Ávalos, a quien le agradezco cordialmente, lo mismo que las manifestaciones de solidaridad. Aquí está el telegrama, dice: “Al presentarle mis sinceras felicitaciones haberle conferido tan alto honor la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica, aprovecho la ocasión para renovarle las demostraciones de mi más alta consideración y aprecio. Doctor José Ramón Ávalos Navarrete”³.

También de manera muy especial agradezco a la Comisión Nacional de Derechos Humanos, al partido MNR y a la Central de Trabajadores Salvadoreños, que han hecho manifestación pública de solidaridad con este motivo. Y a todas las personas que han expresado esta simpatía o han orado por mí, que Dios les pague³.

Hechos de la semana

Y desde esta Iglesia, que debe ser luz del mundo, miramos, precisamente, hacia el mundo que nos rodea para tratar de iluminarlo con la fe. Cuando yo dije en Lovaina la dimensión política de la fe, terminaba diciendo que lo que marca para nuestra Iglesia los límites de esta dimensión política de la fe es, precisamente, el mundo de los pobres. En las diversas coyunturas políticas lo que interesa es el pueblo pobre⁸. “No quiero detallarles todo los vaivenes de la política en mi país, he preferido explicarles las raíces profundas de la actuación de la Iglesia en este mundo explosivo de lo sociopolítico salvadoreño. Y he pretendido esclarecerles el último criterio, que es teológico e histórico, para la actuación de la Iglesia en este campo: el mundo de los pobres. Según les vaya a ellos, al pueblo pobre, la Iglesia irá apoyando, desde su especificidad de Iglesia, uno u otro proyecto político”⁸. O sea, que la Iglesia así es como mira en este momento de la homilía: apoyar aquello que beneficie al pobre⁸; así como también denunciar todo aquello que sea un mal para el pobre.

Con este criterio, vamos a juzgar algunos hechos de esta semana. Por ejemplo, se promulgó el famoso decreto 114, que ha suscitado tantas discusiones y polémicas⁹. A la Iglesia no le interesan los legalismos, que muchas veces esconden egoísmos. A la Iglesia lo que le interesa es si ese decreto va a ser de verdad un paso libre hacia las transformaciones que los pobres necesitan, o no va a ser eficaz camino hacia allá. Si significa bueno para el pobre, la Iglesia está de acuerdo; y si no significa nada para el pobre, el decreto tampoco le interesa a la Iglesia.

Lamentablemente, a pesar de ese camino abierto, las promesas continúan sin concretarse en hechos. Lo que sí se ha evidenciado más, en esta semana, es que ni la Junta ni la Democracia Cristiana están gobernando al país⁸; solo se están prestando a que se dé, a nivel nacional e internacional, esta apariencia. La masacre del 12 de febrero en contra de manifestantes del MERS y el

⁸ *La dimensión política de la fe desde la opción por los pobres, l.c.*

⁹ El decreto 114 consistía en una reforma a la Constitución vigente (1969) que abría el camino a la Junta Revolucionaria de Gobierno para realizar la reforma agraria y las nacionalizaciones de la banca y del comercio exterior. *Cfr. El Mundo*, 11 y 12 de febrero de 1980.

sangriento desalojo de los ocupantes de la sede de la Democracia Cristiana¹⁰ manifiestan, claramente, que ellos no son los que gobiernan, sino el sector más represivo de las Fuerzas Armadas y de los cuerpos de seguridad*. Los mismos dirigentes de la Democracia Cristiana reconocieron que estos actos no pueden menos que considerarse como actos de desobediencia y contravención a la posición adoptada por la Junta a través del coronel Majano, cuando se aseguraba la no intervención de los cuerpos de seguridad. A estos, no les importó que estuviera allí la hija de un miembro de la Junta, ni la esposa del ministro de Educación; menos les importó respetar la vida de los ocupantes*. Asesinaron brutalmente a varios de ellos. Son horriboras las descripciones que han trascendido a través de testigos presenciales.

Si la Junta y la Democracia Cristiana no quieren ser cómplices de tanto abuso de poder y tanto crimen, deben señalar y sancionar a los responsables. No basta que digan que van a hacer investigaciones. Hay testigos presenciales, dignos de credibilidad para los miembros de la Junta y del partido, que pueden abreviarles las investigaciones.

También se está esperando que se indemnice a las familias de los asesinados por los cuerpos de seguridad. Así, se van alejando cada vez más las esperanzas de que se sancione a los responsables de la represión de regímenes anteriores, al ver que las actuales autoridades militares y de los cuerpos de seguridad, como sus antecesores, se siguen manchando las manos de sangre porque continúan reprimiendo al pueblo, ahora más que antes*.

También, con esto, se ha evidenciado que el actual Gobierno carece de sustentación popular, solo está basado en las Fuerzas Armadas y en el apoyo de algunas potencias extranjeras. Esta es otra responsabilidad grave de la Democracia Cristiana: que su presencia en el Gobierno, junto a intereses políticos y económicos particulares, esté moviendo a países, como Venezuela y Estados Unidos, a apoyar una alternativa que dice ser antioligárquica, pero que de verdad es antipopular*. Movido de

¹⁰ El Comité de Derechos Humanos de El Salvador denunció que, el 12 de febrero, hubo diecisiete personas muertas en la intervención represiva de los cuerpos de seguridad contra una manifestación de estudiantes del MERS, y en el desalojo de los militantes de las LP-28, que habían ocupado la sede del PDC en San Salvador, *Cfr. El Mundo*, 15 de febrero de 1980.

esta inquietud es que me he atrevido a hacer una carta para el mismo presidente Carter, y que la voy a mandar después de que ustedes me digan su opinión.

“Señor Presidente: En estos últimos días ha aparecido en la prensa nacional una noticia que me ha preocupado bastante. Según ella, su Gobierno está estudiando la posibilidad de apoyar y ayudar económica y militarmente a la actual Junta de Gobierno.

Por ser usted cristiano y por haber manifestado que quiere defender los derechos humanos, me atrevo a exponer mi punto de vista pastoral sobre esta noticia y hacerle una petición concreta.

Me preocupa bastante la noticia de que el Gobierno de Estados Unidos esté estudiando la forma de favorecer la carrera armamentista de El Salvador, enviando equipos militares y asesores para ‘entrenar a tres batallones salvadoreños en logística, comunicaciones e inteligencia’¹¹. En caso de ser cierta esta información periodística, la contribución de su Gobierno, en lugar de favorecer una mayor justicia y paz en El Salvador, agudizará, sin duda, la injusticia y la represión en contra del pueblo organizado, que muchas veces ha estado luchando por que se respeten sus derechos humanos más fundamentales*.

La actual Junta de Gobierno y, sobre todo, las Fuerzas Armadas y los cuerpos de seguridad, desgraciadamente, no han demostrado su capacidad de resolver, en la práctica política y estructuralmente, los graves problemas nacionales. En general, solo han recurrido a la violencia represiva produciendo un saldo de muertos y heridos mucho mayor que los regímenes militares recién pasados*, cuya sistemática violación a los derechos humanos fue denunciada por la misma Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

La brutal forma como los cuerpos de seguridad recientemente desalojaron y asesinaron a ocupantes de la sede de la Democracia Cristiana, a pesar de que la Junta de Gobierno y el partido no autorizaron¹² dicho operativo, es una evidencia que la Junta y la Democracia Cristiana no gobiernan el país, sino que el poder político está en manos de militares sin escrúpulos que lo

¹¹ “Ayuda militar a El Salvador estudia Estados Unidos”, *El Diario de Hoy*, 15 de febrero de 1980.

¹² El texto original dice: “...no autorizaron —parecer ser— dicho operativo”. Cfr. “Carta de monseñor Romero a Carter”, *Orientación*, 24 de febrero de 1980.

único que saben hacer es reprimir al pueblo y favorecer los intereses de la oligarquía salvadoreña*.

Si es verdad que, en noviembre pasado, ‘un grupo de seis americanos estuvo en El Salvador [...] suministrando doscientos mil dólares en máscaras de gases y chalecos protectores e instruyendo sobre su manejo contra las manifestaciones’¹³, usted mismo debe estar informado que es evidente que, a partir de entonces, los cuerpos de seguridad con mayor protección personal y eficacia han reprimido aún más violentamente al pueblo utilizando armas mortales*.

Por tanto, dado que, como salvadoreño y arzobispo de la Arquidiócesis de San Salvador, tengo la obligación de velar por que reine la fe y la justicia en mi país, le pido que, si en verdad quiere defender los derechos humanos:

—Prohíba se dé esta ayuda militar al Gobierno salvadoreño.

—Garantice que su Gobierno no intervendrá directa o indirectamente en¹⁴ presiones militares, económicas, diplomáticas, etcétera, en determinar el destino del pueblo salvadoreño*.

En estos momentos estamos viviendo una grave crisis económico-política en nuestro país, pero es indudable que, cada vez más, el pueblo es el que se ha ido concientizando y organizando, y con ello ha empezado a capacitarse para ser el gestor y responsable del futuro de El Salvador y el único capaz de superar la crisis*.

Sería injusto y deplorable que, por la intromisión de potencias extranjeras, se frustrara al pueblo salvadoreño, se le reprimiera e impidiera decidir con autonomía sobre la trayectoria económica y política que debe seguir nuestra patria.

Supondría violar un derecho que los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla reconocimos públicamente cuando dijimos: ‘La legítima autodeterminación de nuestros pueblos que les permita organizarse según su propio genio y la marcha de su historia y cooperar en un nuevo orden internacional’*.

Espero que sus sentimientos religiosos y su sensibilidad por la defensa de los derechos humanos lo moverán a aceptar mi petición evitando con ello un mayor derramamiento de sangre en este sufrido país”*.

¹³ “Ayuda militar a El Salvador...”, *l.c.*

¹⁴ En el texto original dice: “con presiones militares...”. *Cf.*: “Carta de monseñor Romero a Carter”, *l.c.*

A la Democracia Cristiana, le pido que analice no solo sus intenciones, que sin duda pueden ser muy buenas, sino los efectos reales que su presencia está ocasionando. Su presencia está encubriendo, sobre todo a nivel internacional, el carácter represivo del régimen actual. Es urgente que, como fuerza política de nuestro pueblo, vean desde dónde es más eficaz utilizar esa fuerza en favor de nuestros pobres: si aislados e impotentes, en un Gobierno hegemonizado por militares represivos, o como una fuerza más que se incorpora a un amplio proyecto del Gobierno popular, cuya base de sustentación no son las actuales Fuerzas Armadas, cada vez más corrompidas, sino el consenso mayoritario de nuestro pueblo*.

No estoy en contra de la institución de las Fuerzas Armadas. Sigo creyendo que hay elementos honestos que son la esperanza de su propia reivindicación. También creo en la necesidad de unos verdaderos cuerpos de seguridad que sean la seguridad de nuestro pueblo. Sin embargo, no puedo estar de acuerdo con aquellos militares que, abusando de su rango, están desprestigiando a estas instituciones necesarias, convirtiéndolas en instrumentos de represión e injusticia.

Da la impresión que es la derecha la que está gobernando*. Y así será, mientras el Gobierno no señale y sancione a los responsables de tanta represión y sea incapaz de llevar adelante las reformas propuestas en favor del pueblo pobre; porque la oligarquía es la que está aprovechando esta debilidad política del Gobierno para atacarlo e impedir, por la fuerza militar, que lleve a cabo sus reformas. Cada vez más se vuelve a oír, como antes, el rumor popular de la connivencia entre los cuerpos de seguridad y los grupos clandestinos armados de derecha. El sufrimiento del pueblo crece hasta hacerse ya imposible siquiera un recuento de los hechos violentos de esta procedencia de derecha.

Solo como ejemplo, me quiero referir a mis queridos sacerdotes. Porque así como el abono, el estiércol, hace más hermosos los jardines, también la calumnia de estos días ha hecho florecer también la santidad de nuestros apóstoles en los campos de la pastoral. Aquí tenemos cartas muy bonitas de sacerdotes que repudian la calumnia y hacen responsables a sus autores de lo que les pueda suceder. Y ratifican su compromiso con el pueblo, porque no están comprometidos con nadie más que con Cristo y con el pueblo que refleja la santidad de Cristo nuestro Señor*.

Entre estas cartas que sería muy largo enumerar, me llega también la información del ametrallamiento de la residencia de los padres jesuitas. El sábado, 16 de febrero, a las 12:45 de la madrugada, se escucharon ráfagas de G-3 y de ametralladoras, se encontraron unos cien impactos de bala en las puertas exteriores de la casa, en los dos pisos de su interior y en un carro. Después del tiroteo, se oyó salir un carro a toda velocidad. En esta residencia viven los jesuitas, que en los últimos años han sido perseguidos. Recordemos en 1973, cuando se les enjuició públicamente por asuntos en el Externado San José, el asesinato del jesuita padre Grande, y así otros hechos que demuestran, pues, cómo a esta línea sacerdotal se le odia y se le persigue por lo que hemos dicho antes, por su compromiso con el pueblo*.

También se ha amenazado a cincuenta y dos jesuitas que trabajan en Guatemala, como reacción contra el documento que, de parte de todos los jesuitas de Centroamérica, escribieron para denunciar el abuso sistemático del poder, la injusticia económica y el aumento de la violencia indiscriminada y la grave violación de los derechos humanos de la población indígena en Guatemala¹⁵.

Nuestra revista *Búsqueda*, se la recomiendo mucho, trae un artículo sobre el padre Rafael Palacios, asesinado el 20 de junio del año recién pasado, y el padre José Alirio Napoleón Macías, asesinado el 4 de agosto. Se ha hecho una recopilación de documentos, de testimonios, de escritos, que reflejan que estos sacerdotes están muy lejos de ser infiltradores de comunismo y sí son verdaderos mensajeros del Evangelio de Jesucristo*.

Recibo una carta, también sumamente triste, de Juan Alcides Guardado, que se dirigía a su casita en el caserío El Picacho, cantón La Laguna, de Las Vueltas, en Chalatenango, y, cuando iba de camino, le dijeron que no fuera, que todo aquello era una desolación, y, de verdad, no pudo encontrar ni a su propia mamá; y me encarga que, por medio de esta radio, que llame a ver si su mamá da muestras de dónde está, para ir a encontrar. ¡Qué cosas más absurdas suceden en nuestra patria! Son de allá también, como ya les dije, muchos que están refugiados en la catedral, y muchos andan huyendo también de esta ola de terrorismo.

¹⁵ Cfr. "Ante el dolor y la esperanza del pueblo de Guatemala", *ECA* 375-376 (1980), pp. 139-141.

Una carta de la señora María Ignacia Rivera, de San Agustín, en Usulután, también llora denunciando el asesinato de su hijo Manuel de Jesús. Deja a su esposa viuda con seis niños pequeños.

El profesor Agustín Osmín Hernández, capturado por cinco agentes de seguridad el 12 de febrero, a las 11:30 de la mañana, en Aguilares, también está preocupada por él su esposa y la comunidad de Zacamil. Ojalá esta advertencia sirva para acelerar su libertad o ponerlo en los tribunales, como es justo.

También han llegado testimonios de solidaridad por el ametrallamiento contra la casa del profesor Guillermo Galván.

Amenazas de muerte ha recibido el doctor Roberto Lara Velado. Quienes conocemos su trayectoria honrada no podemos menos que solidarizarnos con él y denunciar estas amenazas a muerte en contra de la honorable y cristiana persona del doctor Roberto Lara Velado.

Lo más grave es lo de la extrema derecha, que fragua un golpe militar de derecha. Mucho se habla de esto, así como también de una larga huelga general de empresas privadas. Sería imperdonable apelmazar la marcha de la aspiración de nuestro pueblo por la justicia. Los que sustentan el orden injusto en que vivimos de ninguna manera tienen derecho a un golpe insurreccional, pero una victoria de este signo sobre un pueblo ya conscientizado costaría mucha sangre y no lograría ahogar el clamor de la justicia en ese pueblo*. Lo más lógico es que los poderosos de la oligarquía reflexionen con serenidad humana o cristiana, si es posible, el llamamiento que Cristo les hace hoy desde el Evangelio: “¡Ay de ustedes, porque mañana llorarán!”. Es mejor, repitiendo la imagen ya conocida, quitarse a tiempo los anillos antes que les puedan cortar la mano. Sean lógicos con sus convicciones humanas y cristianas, y den un chance al pueblo a organizarse con un sentido de justicia, y no quieran defender lo que es indefendible*.

Lc 6, 25b

Finalmente, una palabra a las organizaciones populares de las cuales comentó acertadamente YSAX el día de ayer cuando dijo: “La Coordinadora Revolucionaria de Masas por su parte, como organismo que promueve la unidad popular, hace esfuerzos por consolidarse, intenta conversaciones con fuerzas democráticas porque sabe que sin ellas su proyecto nacional es inviable y la toma del poder costosísima y aun imposible. Pero lo que

su alta dirigencia hace de racional y político, sus bases lo destruyen con acciones de irracional combatividad”. Quiero decir, pues, que defendemos el derecho de organización y elogiamos el esfuerzo de unidad y de apertura, pero repudiamos las tácticas de ciertos grupos de la base que parece que proceden sin contar con su dirigencia o mal dirigidos.

No se puede estar ganando credibilidad con quienes creen en la razón y la justicia, a través de acciones irracionales y a través de acciones violentas innecesarias. La agitación por la agitación no lleva a ningún lugar. Medidas arrancadas por la fuerza, no favorecen para nada el proceso de la unidad.

Yo quiero recordar que, en nuestra moral cristiana, hay un principio: que el querer arrancar a otro por presión un consentimiento, un contrato, un convenio, disminuye mucho su voluntariedad y, por tanto, no es sumamente ni es, a veces, nada obligatorio lo que se hace bajo la presión. Mucho más vale, pues, dialogar. Si de verdad van madurando nuestras organizaciones populares, en esto muestran su madurez, no en hacer acciones a la loca.

Reitero mi desaprobación a la estrategia de las tomas de edificios, causa muchos inconvenientes. Soy testigo del sufrimiento de muchos rehenes y de sus familiares, sobre todo cuando adolecen de enfermedades que necesitan cuidados. Y en todo caso, ¿con qué derecho se priva de la libertad a un ser humano? Se torna ridícula y peligrosa esta actitud cuando entran en competencia dos organizaciones en una toma. Tal fue el caso de la catedral, donde el FAPU le quiso quitar la ocupación al BPR y este volvió a discutirse la ocupación; donde el FAPU abusa hasta de los ornamentos sagrados y dejan abandonadas albas y otros ornamentos, hasta que los nuevos ocupantes tuvieron la dignidad de limpiarlo, siquiera un poco.

Tampoco favorece la unidad que buscan las organizaciones la ocupación, por parte del BPR, del Instituto Salvadoreño de Comercio Exterior¹⁶, cuando FENESTRAS¹⁷ ya había logrado los salarios de los obreros de APLAR, S.A. en la zona franca San Bartolo y se estaba renegociando la reapertura de la fábrica

¹⁶ Cfr. *El Independiente*, 16 de febrero de 1980.

¹⁷ FENASTRAS, Federación Nacional Sindical de Trabajadores Salvadoreños.

como una empresa salvadoreña. Para el trámite, se iba a hacer un viaje a Estados Unidos este día o mañana, lo cual no se puede hacer porque está en¹⁸ rehenes el licenciado Arturo Guzmán Trigueros, y la dirigencia no se hace contradictoria. Para poder dialogar ese problema, yo suplico al BPR reconsiderar urgentemente este mal paso y, en nombre de seiscientos obreros que se pueden quedar sin trabajo, que hagan lo posible de que FENESTRAS¹⁹ siga su proceso para bien de estos obreros.

Igual inmadurez demostraron los que ocuparon la UCA²⁰. No había posibilidad de dialogar con gente verdaderamente responsable y, por eso, el rector pudo decir: “¿Qué más puedo decir si ya tengo veintidós horas dialogando con estos?”.

También, en nombre de los sentimientos religiosos de mi pueblo —siempre el bien de los pobres y del pueblo— suplico, a los dirigentes de las organizaciones que ocupan hoy templos, que se acerquen a dialogar conmigo o con los responsables de los templos, para ver cómo los abrimos al culto del pueblo durante la Cuaresma, que ya está cerca y que es tiempo de oración para nuestro pueblo. Tales sentimientos cristianos del pueblo tienen, por lo menos, igual prioridad que los objetivos de las ocupaciones; y procede, por tanto, una negociación urgente en estos asuntos y en estos intereses. Si se alega la seguridad de los templos para refugiar gente del pueblo, recuerden que ha sido siempre misión de la Iglesia ofrecerse a toda clase de caridad no solo en el templo, sino en todas sus instituciones. Por eso, digo que hay que dialogar. No crean que están descubriendo la pólvora, cuando la Iglesia ya es vieja en hacer esas caridades y esas hospitalidades*.

También a las organizaciones militares populares, un llamamiento a volver por caminos de respeto, de racionalidad, de dignidad humana. Me refiero a los secuestros, a las amenazas, a las venganzas. Nadie puede cobrarse la justicia por su propia mano, sino que debe acudir a los tribunales. Tengo muchas súplicas, que yo transmito a los que pueden hacer algo, por estas vidas en peligro. No importan los crímenes o pecados de otros

¹⁸ “porque está *entre los rehenes...*”.

¹⁹ FENASTRAS.

²⁰ Las oficinas administrativas de la UCA fueron ocupadas por estudiantes organizados en el FUR-30. *Cfr. El Mundo*, 16 de febrero de 1980.

tiempos cuando se trata de la dignidad del hombre. El Papa ha dicho también que la violencia no se puede inferir ni siquiera a aquellos que alguien juzga culpables, porque resulta una verdadera venganza.

Me pidió una intervención el señor Rodolfo Useda Franco, de Ilobasco, porque lo mencionaron entre los que desalojaron el templo de Los Desamparados y ha recibido amenazas por teléfono. Él niega esta participación.

También proclaman su inocencia varios vecinos del cantón La Loma, de San Pedro Perulapán, a quienes denunciaron por radio como haber cometido delitos y haber dado muerte y enterrado gente, lo cual dicen ellos que es falso también.

Acerca del secuestro del señor Dunn, una carta de Argentina llega ofreciéndose la misma persona como rehén en su lugar. No es necesario todo esto cuando los protagonistas de estas cosas tienen un sentimiento humano; y si de verdad la lucha por el pueblo ennoblece todo esfuerzo, pierde su virtud cuando atropella a otros hombres.

Terminemos, pues, como hemos empezado: diciendo que, en los pobres, en el pueblo que sufre, hay una gran esperanza; y, por eso, la Iglesia, en nombre de Jesucristo, quiere arrancar todo lo sucio que pueda haber en ese pueblo. Véanlo así, mi esfuerzo de denuncia no tiene otro afán que querer decir: “Queremos un pueblo santo, queremos un Gobierno que de veras comprenda a los pobres, queremos una política que de veras camine en el bienestar de nuestro pueblo y de nuestros pobres”. Y así podemos repetir hoy con Jesucristo: “¡Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos!”*.

Lc 6, 20b